

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL GUERRERO AZTECA

ANTE LOS ANCIANOS DE TLAXCALLAN



MAUCCI H^{OS}

MEXICO.

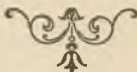
BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL GUERRERO AZTECA

ante los ancianos de Tlaxcallan

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos, — Primera del Relox, 1
1900.



El guerrero azteca ante los ancianos de Tlaxcallan



—¿Quién era el joven Ocelotl?—preguntarán mis buenos lectorcitos.

Era aquel capitán que fué escogido por el emperador Moctezuma para ir á espiar á los hombres blancos, barbados, cubiertos de acero y que llegaban en flotantes casas, que sobre las olas del mar atravesaban tendiendo al viento y al sol sus enormes alas blancas, surcando por la inmensidad como gigantes cos pájaros que dentro de sus cuerpos llevaran verdaderos enjambres, ejércitos enteros de hombres de armas terribles.

Era el joven Ocelotl el que con un valor terrible se había acercado á los seres que el rey azteca creía sobrehumanos, que creía hijos de los dioses, juzgando que su capitán no era otro, sino el mismo Quetzalcoatl, que llegaba á apoderarse de su reino y á acabar con sus reyes, príncipes y sacerdotes.

¿De dónde venía el extraño joven?

Llegaba el caballero Ocelotl de Tlaxcallan, ciudad que había odiado por ser enemiga de México, pero comprendiendo que á la llegada de los seres orgullosos y terribles que deseaban apoderarse de los magníficos territorios que les legaran sus antepasados, debían reunirse todos, acababa de ir á persuadir al Senado tlaxcalteca que todos los pueblos del Anahuac debían reunirse para hacer frente á los conquistadores, no dejarles avanzar hacia el corazón del país que era Tenochtitlan; que debían todos aniquilarlos si no querían su eterna perdición, la eterna esclavitud hacia los orgullosos blancos.

Habló elocuentemente diciendo que estaba convencido de aquellos que venían del Oriente no eran dioses; que con ellos no llegaba Quetzalcoatl como lo creía el Rey de México, ni que los que debían acompañarlo eran hijos del gran Tonatiuh del Dios-Sol.

Con gran elocuencia el joven azteca se había expresado ante los justos ancianos que dirigían sabiamente entonces la antigua y fuerte república de Tlaxcala.

Mas ¿por qué el azteca Ocelotl, por qué el furibundo tigre que había sido siempre enemigo irreconciliable de los tlaxcaltecas, por qué iba á ponerse del lado de la nación enemiga, de la eterna rival? ¿por qué?

· · · · ·
A la hora del peligro nacional, ante la invasión que amenazaba á todos, debían olvidar las naciones sus rencillas particulares, unirse entre sí, y todas juntas combatir al mismo enemigo.

Y así fué como llegó á Tlaxcalla, ha-

blando á los ancianos del Senado, con toda franqueza.

—Ilustres, justos, prudentes y sabios ancianos de la valiente república, á cuyos bravos guerreros he tenido el honor de combatir en multitud de batallas, soy un guerrero Ocelotl de los más encarnizados; ved las cicatrices que glorifican mi cuerpo, han sido abiertas por vuestros principales capitanes, y esta más grande que surca mi pecho de arriba á abajo me la produjo la fuerte é invencible macana del valiente Xicotencatl. Pues bien, hoy vengo á proponeros el esfuerzo de mi brazo, mi talento y mi corazón de leal batallador para defender el territorio de nuestros abuelos, uniéndonos todos para salvar la patria toda contra audaces guerreros de muy lejanos países que vienen con la ambición de apoderarse del patrimonio de nuestra gloriosa raza... Yo mismo, venerables y justos ancianos tlaxcaltecas, los he visto y sé que son hermosos, brillantemente vestidos y armados, vienen en flotantes

y enormes fortalezas; traen máquinas que vomitan rayos y monstruos ágiles y terribles... pero son hombres como nosotros, no son dioses, podemos vencerlos porque también lo he sabido. ¡El genio protector de la raza colhua me salvó á mí y á mi esposa de la hoguera en que iba á perecer por orden de mi rey soberano Moctecuhzoma Xocoyotzin... ¡Oh! Sí, ese mismo genio invisible me dijo en el momento en que iba á morir abrazado al cuerpo de mi amada esposa:—Espera, joven guerrero; ten valor y fe. Esfuéstrate en hundirte al fondo de los leños que arden envolviéndote. Y entonces ¿qué hice? Cobrar valor; me hundí entre los troncos de árbol, llegando á un espacio hueco donde me astixiaba con mi esposa: pero en las lozas encontraron mis pies un vacío... me sumergí sin abandonar á mi amada, hasta que caímos á un subterráneo en cuyo fondo había un canal, sobre el canal de aguas negras una canoa con dos remos cortos, armas y víveres. Entramos á la canoa, coloqué



á mi esposa desmayada, cubriéndola con pieles, refresquéla el cuerpo, y remé, remé en las sombras del subterráneo hasta salir á los campos. No supe donde me hallaba, pero volví á oír la voz del genio que me dijo: «—Asegura á tu esposa y vé á defender la patria.» En una gruta en el fondo de la barranca en que suele vagar el anciano Huemac, el vir-

tuoso sacerdote de los antiguos tiempos del Anahuac, la he dejado defendida por un fiel coyote que la cuida con solicitud y yo corrí en busca de valientes que quisieran oponerse á la llegada de los extranjeros, no de cobardes que los regalen humillándose vilmente. Hé aquí por qué, nobles ancianos tlaxcaltecas, he llegado hasta vosotros, sin vacilar, no por vengarme de la ingratitud de mi rey, no por traicionar mi patria, sino muy por el contrario para servirla mejor y servir también vuestra República; después de que arrojemos á los extranjeros los dioses decidirán de nuestras contiendas asegurando tal vez que la paz se restablezca para gloria de Tenochtitlan y Tlaxcallan.

Tal fué amigos míos, traducido lo más fielmente posible por un antiguo sabio, el soberbio discurso del Ocelotl, después de haberse salvado milagrosamente de las llamas de la fatal hoguera donde hubiera perecido con su esposa Huimonxochitl, «Flor de Inocencia», si no es por

las palabras del misterioso genio protector que le hizo comprender que la hoguera estaba hueca, y que debajo había una entrada abierta que daba á un subterráneo donde había un canal y una canoa que había de conducir á los infelices hasta los campos del Valle de México. Así fué que el valiente Ocelotl mismo explicó su salvación. (1)

Terrible fué la sorpresa que esta relación produjo en el ánimo de los ancianos que formaban el Senado de la heroica república de Tlaxcalan, tan patriota y sabia, y tan injustamente atacada por el imperio mejicano.

¿Qué debían hacer? ¿Qué decidir?

Los ancianos deliberaban, cuando resonó una voz de terrible acento, gritando:

—¡Jamás! ¡Jamás!... Nobles ancianos tlacaltecas, ha llegado la hora de que demostremos á esos bárbaros mexicanos que somos más patriotas y más dig-

(1) Véanse los cuentos anteriores.

nos de defender el suelo de nuestros padres que ellos que ocultan su cobardía, enviando regalos al enemigo que ha de acabar con ellos, porque los cobardes, los pusilánimes, los que tiemblan en el instante en que en vez de agasajos debían mandar ejércitos, merecen ser despedazados... pero nosotros resistamos... Que vengan todos los jóvenes de la República trayendo sus armas, que vengan las mujeres para transportar provisiones y llevar flechas á los guerreros. ¡Muerte y exterminio á los enemigos!

El que así gritaba llamábase Xicotencatl y era un coloso, un gigante de sabiduría y valor. Y era también, amiguitos, un corazón noble y generoso.

—¡No insultes á mi patria, valiente Xicotencatl!— gritó el mexicano Ocelotl.— Recuerda que vengo en su nombre para unirnos olvidando los antiguos rencores.

—¡Tú eres un enemigo miserable!—le escupió un tlaxcalteca en medio del furor más grande.

—¡Fuera! ¡fuera! ¡fuera el mexicano

enemigo!—gritaron voces coléricas.—
¡Fuera! ¡fuera!

—¡Silencio!—resonó gravemente la voz del más anciano de los del Senado.—El guerrero azteca que está entre nosotros es sagrado, es nuestro huésped, y más aún, vino á advertirnos un peligro; honrémosle.

Pero entonces el valiente joven mexicano, orgulloso más que nunca, se irguió colérico, exclamando soberbiamente:

—Tlaxcaltecas, yo os creía tan leales como valientes. ¿Así pagáis un aviso tan precioso, una intención tan pura que será nuestra salvación?... Pues bien, entonces yo á mi vez os anuncio que seréis destruidos por el extranjero por traidores á la patria. ¡Abridme paso, y ya nos veremos algún día en los campos de batalla!... ¡Abrid paso al que ahora va sin armas y es vuestro huésped!

—¡Mientes, azteca bárbaro y supersticioso; nosotros los tlaxcaltecas no somos traidores, somos patriotas y amamos el progreso y el amor de los pueblos que



forman la paz! ¡Que te abran paso, guerrero Ocelotl, tigre mexicano, ya te encontraré también en algún combate, verás como maneja la macana un tlaxcalteca, acuérdate del golpe con que te abrí el pecho! ¡Juro volvértelo abrir pero para que no se cierre nunca! ¡Abrid paso al mexicano y mientras no lleve armas, respetadle!—ordenó Xicotencatl.

Vagaba por la playa el atrevido joven guerrero mexicano, pensando en la ignominia de su rey, en el espanto y dolor que reinaba en Tenochtitlan por la llegada de los que creían hijos de los dioses, meditando también el odio, muy justo, de la República de Tlaxcallan al imperio mexicano... y adivinaba los miles de fatalidades que les esperaban á los pueblos sugetos al Anahuac, cuando vió cruzar hacia el Norte una gran águila, soberbia y hermosa, de amplias alas de púrpura, y le pareció escuchar la misma voz que le salvó en la hoguera allá en el pa acio de Motezuma.

—¡iré, iré á donde va el águila de fuego!—dijo y se echó á nado en el mar; nadó, nadó mucho tiempo, hasta que por fin quedó sin sentido.

Cuando despertó se hallaba en aquella encantada isla donde le esperaba su protectora la princesa Axempaxochitl. ¡Por su protección nada había sufrido!

¡Pero en qué triste estado llegaba á la isla! Ya os lo presenté al principiar este



relato de sus pasadas aventuras; llegaba con el traje desgarrado, semi-desnudo, moribundo de hambre, sed y fatiga, confiando sólo en la protección del genio, de aquella princesa que le ayudaría á batallar contra los extranjeros que ya se encaminaban hacia la capital del imperio donde un rey cobarde les esperaba.

.

—¡Venganza!... ¡Muerte!... ¡Incendio y destrucción hasta las cenizas y el polvo! Así escuchó un grito el Ocelotl.

Volvió la cabeza y se encontró frente á la hermosa Axempaxochitl que vestía un extraño túnico rojo con orlas verdes y centro blanco. En el seno se veía dibujada un águila que sobre un nopal devoraba una serpiente...

—¿Quién eres, gran señora?

—¿No me conoces ya, valiente azteca?

—¿Sois mi protección?

—Soy el genio protector de una raza valiente que va á agonizar... Ven conmigo para dictarte mis órdenes, para que la raza nahuatl pueda morir con gloria. ¡Ven hijo mío!

Leed la siguiente narración que es preciosa, interesantísima bajo agradable fantasía se adivina el drama de

LA CONQUISTA DE MEXICO

- Historia de Meztlichotil**
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indiòs
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo